El estilo del Orfeo de Virgilio

Sabido es que la versión virgiliana del episodio de Orfeo y Eurídice va inserta con muy hábil traza en el centro de la bellísima fábula de Aristeo y Cirene, que cierra el libro IV de las Geórgicas. Tengo para mí que la originalidad del episodio radica en la plena movilización del sentimiento virgiliano. Poco importa que entre de lleno su autor en el cercado alejandrino, ya que seguro de sí acierta a hurtarse a la tarea al uso de volver del revés la fábula. Virgilio infunde a su elaboración lo mejor de su alma. De ahí que el episodio salga de sus manos recreado, a un tiempo el mismo y distinto. Por sus poros vemos fluir esa indefinible esencia virgiliana, su sostenida entonación de tristeza, de ensoñadora melancolía, no más que insinuada de antes en el poema campesino.

Veamos cómo condensa la gama de matices de ese sentimiento que hallará su cauce natural en la Eneida. El episodio se inicia con la revelación de Proteo al pastor infortunado, a Aristeo, tan hábilmente conectada con el tema:

> Tibi has miserabilis Orpheus
> haudquaquam ob meritum poenas, ni fata resistant
> suscitat et rapta graviter pro coniuge saevit.
> Illa quidem, dum te fugeret per flumina praeceps,
> immanem ante pedes hydrum moritura puella
> servantem ripas alta non vidit in herba.
>
> G. IV, 454-9.

> Este castigo Orfeo —digno de compasión
> por un mal en verdad no merecido— promueve contra ti,
> si tu hado no lo impide, para vengar en su profundo enojo la
> [muerte de su esposa.
> Esta mientras huía de ti desalentada a lo largo del río
> no vió en su triste sino a sus pies escondida en la alta hierba
> a la horrible serpiente guardián de estas riberas.

Universidad Pontificia de Salamanca

Dos epítetos espigo: «miserabilis», asignado a Orfeo, y «moritura» a Eurídice. Desapercibidos pasan para los más en esa relajada vibración inicial, obligada para la concentración del sentido poético. En uno y otro, volumen, ritmo, melodía y posición denuncian delicadamente la intención virgiliana, esto es, suscitar de antemano en nuestro ánimo una suerte de presentimientos de lo ineluctable de su adversa suerte, del fijo designio de los hados. Con ello logra una íntima adhesión espontánea de nuestro ánimo a su desventura. El procedimiento reaparece en los episodios señeros de la Eneida, singularmente en el de Dido, y el de Niso y Euríalo. Notemos que a la técnica de insinuación virgiliana le bastan las dos notas adjetivas, frente a la acumulación de funestos presagios en que insiste Ovidio con su rodada facilidad narrativa al reelaborar el conocido mito (cf. Met. X. 4-10) [1].

Observad la impetuosa asociación de la naturaleza inanimada al dolor por la muerte de Eurídice, en la versión de Virgilio:

At chorus aequalis Dryadum clamore supremos
implerunt montes; flerunt Rhodopeiae arces
altaque Pangaea et Rhesi Mavortia tellus
atque Getae atque Hebrus et Actias Orithya.
G. IV. 460-3.

Llenó entonces la cumbre de los montes con sus voces el coro
[de las Dríadas,
sus compañeras en edad, lloraron los montes de Rodope
y el Pangeo elevado y la tierra de Reso belicosa,
los Getas, el río Hebro y la ateniense Oricia.

La asociación esencialmente virgiliana, avivada por la serie de epítetos determinativos, distensos de la cima precisa del quinto pie, es índice de su destreza en interesar a la naturaleza en los movimientos íntimos de nuestra alma. Ensayada desde la Egloga I, 38-9, se diría que el poeta reserva la más delicada matización de su sentimiento para el dolor de Orfeo. A su vista frena el impulso arrebatado de la enumeración precedente, y alisa la expresión con esa

[1] El contraste entre una y otra técnica se nos revela asimismo en el modo de tratar la muerte de Eurídice, insinuada no más en Virgilio por el epíteto moritura, referida cumplidamente por Ovidio (Cf. Met. X, 10).

Universidad Pontificia de Salamanca

prístina simplicidad de ritmo y melodía sin par en la poesía latina, como nacida desde el principio de los tiempos para sugerir esta porfiada afección:

> Ipse cava solans aegrum testudine amorem
> te, dulcis coniunx, te solo in litore secum,
> te veniente die, te decedente canebat.
> G. IV, 464-6.

> Orfeo con su cítara sonora consolando su amor desventurado,
> a ti, su dulce esposa, con su dolor a solas cantaba en la ribera
> [solitaria
> cuando apuntaba el día, y cuando el sol moría, a ti cantaba.

¡La melancolía trasmana del concierto de adjetivcs finísimamente engarzados, y el realce de sonoridad de la cítara, la desventura de su amor, la dulzura perdida, la soledad entrañada! Hemos de acudir a la Egloga VIII y a la X en busca de luz. El sentimiento tan exquisitamente sugerido entona fielmente con la actitud connatural del alma virgiliana: la exaltación del amor sin esperanzas, el regalo en la dolorida soledad. Sólo Virgilio acierta a conferir su más delicada expresión a ese sentimiento hurtado por entero a la robusta salud del alma de los héroes homéricos, y que halla un íntimo eco en los líricos de nuestro segundo renacimiento, sigularmente en Garcilaso [2] y en Francisco de Figueroa, y que al cabo naturaliza en la poesía el movimiento romántico.

Notad por contraste la frigidez narrativa de Ovidio:

> quam satis superas postquam Rhodopeius auras
> deflevit vates, ne non tentaret et umbras,
> ad Styga Taenaria est ausus descendere porta.
> X, 11-3.

> Una vez que en la tierra el vate Rodopeyo llorado hubo a su
> [esposa lo bastante,
> por la boca del Ténaro bajar osó a la Estigia
> para probar fortuna también entre las sombras.

---

[2] Recuérdese la definitiva expresión de esta misma actitud en la cumbre de la Egloga I: «No me podrán quitar el dolorido sentir, si ya del todo primero no me quitan el sentido», I, 349-51.

Universidad Pontificia de Salamanca

De improviso, sin preparación alguna, pasa Virgilio a operar en su elemento propio. Comienza para ello por flanquear la entrada de su héroe en la morada de Plutón de una densa atmósfera de terror, diluída al cabo en angustiosa tristeza por el cauce de su adjetivación:

Quos circum limus niger et deformis harundo
Cocyti tardaque palus inamabilis unda
Alligat et noviens Styx interfusa coercet.
G. IV, 478-80

En torno de ellos el Cocito oprime su negro cieno y sus horrendas [cañas
y la odiosa laguna de estancadas aguas los encadena
y en sus pliegues la Estigia de los nueve remansos los enrosca.

Concurre esta obsedente sensación al claro designio virgiliano de abrir una ancha vía de conmiseración hacia los seres privados de «la dulce luz». Con notoria habilidad obumbra de antemano nuestros ojos a la entrada del bosque tenebroso de sombrío terror:

et caligantem nigra formidine lucum
G. IV, 468

para concentrar nuestra mente en la amargada desesperanza del hexámetro desolador:

nesciaque humanis precibus mansuescere corda
G. IV, 470

y de los corazones que ablandarse no saben a súplicas humanas.

Y agobiada el alma por la sensación de desvalimiento, de parvedad ante la indiferencia de los dioses, extiende a nuestros ojos a una con la expectante ansiedad de las sombras en el reino de la muerte, la visión de la tristeza de la vida:

At cantu commotae Erebi de sedibus imis
umbrae ibant tenues simulacraque luce carentum.
quam multa in foliis avium se milia condunt
vesper ubi aut hibernus agit de montibus imber,
matres atque viri defuntaque corpora vita
magnanimum heroum, pueri innuptaeque puellae,
impositique rogis iuvenes ante ora parentum.
G. IV, 471-77

Universidad Pontificia de Salamanca

Movidas por su canto, desde el profundo seno del Erebo acudían
tenues sombras y espectros que gozaron un día de la luz,
en tanta profusión como las aves que al ocaso a millares se acogen
[a la fronda,
o cuando las ahuyenta de los montes la lluvia torrencial;
madres, esposos, héroes magnánimos
cumplida ya su vida, y niños y doncellas
y mozos en la pira tendidos a la vista de sus padres.

He aquí la misma entrañada penetración del alma virgiliana en el doloroso azar de lo humano, en la fugaz dulzura de la vida, en el misterio de la muerte, que abisma nuestro espíritu en el remanso del libro VI de la Eneida.

Un rápido trazo, de no más de cuatro hexámetros, le basta para sugerir la expectancia de las sombras a los acordes de Orfeo. Casi del doble se sirve Ovidio con el mismo objeto sin que logre su frío virtuosismo vivificar la inercia de la fábula manida. Y ello, después de diluir en veinticinco hexámetros el quejumbroso alegato imaginario que espeta el héroe cantor a Plutón y Proserpina. Sólo un rasgo, de mano maestra por cierto, nos gana en la espaciosa narración ovidiana, rasgo acentuado por la gracia del epíteto adscrito en posición final. Movidos a compasión acceden los dioses del Tártaro a la súplica de Orfeo y mandan llamar a Eurídice:

Umbras erat illa recentes
inter et incessit passu de vulnere tardo
Met. X, 48-49.

Esta se hallaba en un tropel de sombras,
poco había llegadas, y acercándose fué, a causa de la herida, [3]
[a paso lento.

Virgilio, por el contrario, sigue operando con exquista expedición en su ambiente connatural. Su extrema susceptibilidad vuelve sobre el tema esencial: la indiferencia de los dioses a la acucian-

---

[3] No menos ingeniosa y harto más delicada, sin duda, es la nota que aduce la sensibilidad de Lope (?) en el Orfeo firmado por Pérez de Montalbán, por sugerir la ansiedad del cantor en su regreso a la luz seguido de Eurídice:
que andaba menos por oir su paso.
V. 16.

Universidad Pontificia de Salamanca

te ansiedad humana, la profunda sensación de debilidad, de desvalimiento, de impotencia. Notad la tensión a que somete nuestro ánimo, el ritmo de angustia con que gira el relato su consumada maestría dramática, en el estricto espacio de veinticinco versos:

Iamque pedem referens casus evaserat omnes
redditaque Eurydice superas veniebat ad auras
pone sequens (namque hanc dederat Proserpina legem)
cum subita incautum dementia cepit amantem,
ignoscenda quidem, scirent si ignoscere Manes:
restitit Eurydicemque suam, iam luce sub ipsa
immenor heu! victusque animi respexit. Ibi omnis
effusus labor, atque immitis rupta tyranni
foedera, terque fragor stagni est auditus Averni.
Illa: «Quis et me, inquit, miseram et te perdidit, Orpheu,
quis tantus furor? En iterum crudelia retro
fata vocant conditque natantia lumina somnus.
Iamque vale: feror ingenti circumdata nocte
invalidasque tibi tendens, heu! non tua palmas»
Dixit et ex oculis subito ceu fumus in auras
commixtus tenuis, fugit diversa neque illum
prensantem nequiquam umbras et multa volentem
dicere praeterea vidit nec portitor Orci
amplius obiectam passus transire paludem.
Quid faceret? quo se rapta bis coniuge ferret?
quo fletu Manes, quae numina voce moveret?
Illa quidem Stygia nabat iam frigida cumba.

G. IV, 485-506.

Ya Orfeo, de regreso, salvado había los peligros todos,
seguido de su esposa (pues así lo ordenara Proserpina),
cuando asaltó de pronto al imprudente amante un frenesí
perdonable en verdad, si los manes supieran de perdón:
ya en los confines de la luz detuvo el paso y olvidado
¡ay! y vencido de su afán, volvióse a mirar a su Eurídice.
Vano en aquel momento su esfuerzo todo, quebrantado el pacto
[con el cruel Plutón.
Oyóse en la laguna del Averno un ruido fragoroso por tres veces
«¡Qué delirio —clama ella— vino, triste de mí, a perderme mi
[Orfeo y a perderte!
¡Qué tamaño delirio! De nuevo hados crueles me reclaman
y va cerrando mis flotantes ojos el sueño de la muerte.
¡Adiós! Siento me arrastra la honda noche de sombras que me cerca
mientras, ¡ay!, ya no tuya, tiendo hacia ti mis manos impotentes»

Universidad Pontificia de Salamanca

Dijo y perdióse rauda de la vista en dirección contraria, igual
[que el humo
disipado en el viento sutil, y nunca más
volvió a ver a su Orfeo, que intentaba apresar su sombra en vano
y quería seguir hablando todavía; ni el barquero del Orco
le permitió de nuevo trasponer la laguna.
¿Qué hacer? ¿Dónde acudir, después de haber perdido dos veces
[a su esposa?
¿Con qué llanto a los manes movería? ¿Qué otras divinidades
[su voz ablandaría?
Ya bogaba la helada sombra en la barca estigia.

Os invito a seguir de hito en hito la gama de epítetos. Me he permitido espaciar los tipos por facilitaros la experiencia. Advertid cómo gradúa el engarce de dichos elementos vigorizados en las cimas prosódicas, la variedad y frecuencia de las pausas, la regulación de largas y breves, de acentuadas e inacentuadas, de movimiento de moles y fugas, con que concurre el ritmo al realce de esa impresión de inanidad de los afanes humanos, de evanescente tenuidad, de frigidez desolada.

Ha utilizado Virgilio en la narración una personalísima técnica de trazos sueltos. Lo silenciado, no sólo la embarazosa trabazón dialéctica, y los detalles de la narración lineal, sino toda la materia común, los elementos todos no poéticos, sálvalos con su peculiar sistema de flotación: la magia sedosa de sus cadencias o la aérea vía de sugerencias porfiadas.

Un postrer recurso tradicional inserta colmando la condensación expresiva en el episodio predilecto: la comparación artística. A ella acude por igual Ovidio. Mas reparad en lo inexpresivo y manido de la doble comparación con que éste encarece el estupor de Orfeo al verse privado por segunda vez de su Eurídice (Cf. 65-71). Por el contrario el sentimiento virgiliano cristaliza en la bellísima de todos conocida:

Septem illum totos perhibent ex ordine menses,
rupe sub aeria, deserti ad Strymonis undam
flevisse et gelidis haec evolvisse sub antris
mulcentem tigres et agentem carmine quercus;
qualis populea maerens philomela sub umbra
amissos queritur fetus, quos durus arator

Universidad Pontificia de Salamanca

observans nido implumes detraxit: at illa
flet noctem ramoque sedens miserabile carmen
integrat et maestis late loca questibus implet.
G. IV, 507-515.

Siete meses seguidos, según cuentan,
al pie de una alta roca, por la orilla desierta
del Estrimón, al llanto se entregó y renovó sus quejas en las
[heladas cuevas,
amansando a los tigres, moviendo las encinas tras de sí con su canto,
cual ruiseñor doliente a la sombra del álamo
llora los hijos de su amor perdidos, que labriego cruel,
desnudos aún de plumas, le arrebató, en acecho de su nido;
gime la noche entera y posado en la rama repite sin cesar su
[triste canto
y llena el campo todo en derredor su dolorida queja.

Tratemos de atisbar el proceso. La primera instigación la recibe de la más generosa fuente, de la poesía homérica. El cantor de Quíos realza así las lágrimas en que prorrumpen Ulises y Telémaco al reconocerse en la cabaña de Eumeo.

κλαῖον δὲ λιγέως, ἀδινώτερον ἤ τ' ὀϊωνοί,
ψῆναι ἤ αἰγυπιοὶ γαμψώνυχες, οἷσίτε τέκνα
ἀγρόται ἐξείλοντο πάρος πετεηνὰ γενέσθαι.
Od. XVI, 216-18.

Lloraba con agudos lamentos, con mayor vehemencia que las
[aves de presa,
las águilas marinas o buitres de uñas corvas, a quienes los
[labriegos
su prole arrebataron antes de que pudiera servirse de las alas.

Una segunda comparación, de Homero también, no menos bella, directamente utilizable, concurre al logro virgiliano: la delicada variante homérica del conocido mito de Filomela e Itis:

ὡς δ' ὅτε Πανδαρέου κούρη, χλωρηῒς' Ἀηδών,
καλὸν ἀείδησιν, ἔαρος νέον ἱσταμένοιο
δενδρέων ἐν πετάλοισι καθεζομένη πυκινοῖσιν,
ἥτε θαμὰ τρωπῶσα χέει πολυηχέα φωνήν,
παῖδ' ὀλοφυρομένη Ἴτυλον φίλον, ὅν ποτε χαλκῷ
κτεῖνε δι' ἀφραδίας, κοῦρον Ζήθοιο ἄνακτος·
Od. XIX, 518-523.

Universidad Pontificia de Salamanca

Como cuando la hija de Pandáreo, el pálido ruiseñor,
al nacer la primavera entona su canción dulcemente
posada entre el espeso follaje de los árboles,
y en mil ondulaciones su polífono canto se derrama
llorando a su hijo Itilo, vástago del Rey Zeto,
el que un día mató a bronce sin saberlo.

«Apenas puede creerse —prorrumpe el P. Luis de la Cerda, en su monumental edición virgiliana— en qué medida los ingenios poéticos han aspirado a la gloria con esta comparación». Se trata, por tanto, de un lugar común en la literatura griega, utilizado hasta la saciedad por sus poetas, no menos que por los latinos. Remito al lector al concienzudo análisis que hace el P. La Cerda del tema. De él se deduce que las notas más delicadas, que reaparecen en la comparación virgiliana, se dan únicamente en las dos comparaciones homéricas insertas. Tal la causa del dolor de Filomela, esto es, la pérdida de su hijo Itilo, y la crueldad de los labriegos que roban los polluelos, sin plumas todavía. Mas el postrer encanto indefinible de la comparación virgiliana no lo busquemos en las comparaciones homéricas, instigación y modelo generoso del mantuano. Una vez más se cumple aquí el requisito esencial a todo logro supremo de la poesía de Virgilio: lo descrito ha pasado de antemano por el tamiz de su experiencia, y aún estimo que de su experiencia infantil. El poeta ha percibido repetidamente, al pie del álamo, en los trinos del ruiseñor el eco de su tristeza inconsolable. Un nuevo elemento, varias veces aducido va a operar: su exquisita aptitud para elevar los elementos de la naturaleza animada a un connatural nivel humano. Esta irrefrenable simpatía, esta afectividad vivificadora, humanizadora de los seres naturales, segrega la redundante melancolía a que debe el apunte su encanto imperecedero.

Paso por alto la novedosa delicadeza de la adjetivación en los cuatro hexámetros iniciales. Reparad un punto en la calidad de los epítetos de la comparación. Cada verso cobra en ellos su realce definitivo. No acierta a celar su radiante primor. Así, la sombra, connatural a sus ojos, debe al epíteto su expresiva determinación: p o p u l e a, del álamo. Me interesa insistir en la precusora intuición virgiliana. El ruiseñor, notado por el nombre sugeridor del tierno mito, es intrincado en el umbroso recinto, en la copa del álamo, no a la sombra del mismo, según la acepción usual en nues-

Universidad Pontificia de Salamanca

tro idioma. De ahí la sugestión de la audaz estilización sólo veinte siglos después familiar en nuestra poesía. Sugerido así el marco, vierte en el verso siguiente su cargazón afectiva, durus, cruel, referido a arator, en la precisa cima dactílica, para girar en el tercer hexámetro su acendrada ternura hacia la indefensión de los pajarillos, exquisitamente sugerida. Para ello el poeta no contento con la invención del epíteto personalísimo, embrida el ritmo y lo somete al entrecortado huelgo de su angustia. De ahí el espacioso, el demorado paso espondaico total:

/ / / / /
Observans nido implumes detraxit.
(G. IV, 513.

de ahí la pausa hepthemímera y el corte inusitado en medio del quinto pie. Y pasa a consagrar los dos versos finales al dolor del avecilla. Un punto al comienzo de la adversativa, el ritmo nos sugiere el vuelo del pájaro desde la mimbrera del nido abandonado a la copa del álamo. Luego, a par del ruiseñor, de la cima de ambos hexámetros, de los epítetos distensos, va efundiendo en la sombra su desolación inacabable.

Tan misteriosa es la atracción del apunte virgiliano que, desplazando a las numerosas variantes del tema, convertido, como dijimos en el lugar común en la poesía clásica, concentra en sí la atención de los poetas modernos, incapaces de resistir a su seducción. Percibid el eco que suscita en las dos almas de más íntima afinidad quizá con la del mantuano: la del sorrentino Tasso y la del toledano Garcilaso [4]. He aquí cómo encarece mediante el símil virgiliano la exquisita sensibilidad del primero el llanto de Tancredo por Clorinda:

Lei nel partir, lei nel tornar del sole
chiama con voce stanca e prega e plora;
come usignuol cui 'l villan duro invole
dal nido i figli non pennuti ancora,

---

[4] La resonancia del tema en nuestra poesía ha sido tratada exhaustivamente con la penetración y exactitud que distinguen a su Autora, M.ª Rosa Lida en R. F. H., 1, 21-31, 1939.

Universidad Pontificia de Salamanca

che in meserabil canto afflitte e sole
piange le notti e n' empie i boschi e l' ora.
Gerusalemme Liberata, Canto XII, XC.

Todavía se nos antoja más honda y conturbada, de más íntimo parecido, la vibración del amor ideal de Garcilaso, dolorido por la pérdida de su Elisa, que transcribo:

Cual suele el ruiseñor con triste canto
quejarse, entre las hojas escondido,
del duro labrador, que cautamente
le despojó su caro y dulce nido
de los tiernos hijuelos, entre tanto
que del amado ramo estaba ausente,
y aquel dolor que siente
con diferencia tanta
por la dulce garganta
despide y a su canto el aire suena,
y la callada noche no refrena
su lamentable oficio y sus querellas,
trayendo de su pena
al cielo por testigo y las estrellas;
desta manera suelto yo la rienda
a mi dolor y así me quejo en vano
de la dureza de la muerte airada.
Eg. I, 324-40.

Volviendo al episodio, todavía nos reserva una sorpresa al mismo filo del desenlace. Acudo para mejor percibirla al epílogo del mito ovidiano. Tras el formulario símil de la petrificación de Oleno y Letea, y tras la negativa de Caronte a la demanda de Orfeo, acaba Ovidio por sumir al cantor en el seno de las montañas tracias de esta suerte:

Septem tamen ille diebus
squalidus in ripa Cereris sine munere sedit:
cura dolorque animi lacrimaeque alimenta fuere.
Esse deos Erebi crudeles questus in altam
se recipit Rhodopem pulsumque Aquilonibus Haemum.
Met. X. 73-77.

Siete días Orfeo
a la orilla sentado, escuálido pasó sin probar alimento:
su congoja y sus lágrimas sirvieron de manjar a su dolor.

Universidad Pontificia de Salamanca

Lamentando el rigor de las divinidades infernales
acogióse a los montes de Rodope y al Hemo donde trema el
[Aquilón.

La fantasía virgiliana disemina durante siete meses la errabunda soledad de su héroe por los hielos hiperbóreos y la ribera del nivoso Don:

Solus Hyperboreas glacies Tanaimque nivalem.
Met. IV, 517.

Notad el realce insistente, en cabeza de hexámetro, de la sensación de soledad suspirada y el encarecimiento de la enardecida fidelidad a su pasión, ausente del epílogo ovidiano:

Nulla Venus, non ulli animum flexere hymenaei.
Met. IV, 516.

No hubo amor ni himeneo que el corazón de Orfeo doblegase.

«Las mujeres ciconias —prosigue— ofendidas por tan firme tributo, en medio del sagrado culto y de las nocturnas bacanales, por el ancho haz del campo esparcieron los miembros del desgarrado cuerpo» IV, 520-2. Y añade:

Tum quoque marmorea caput a cervice revulsum
gurgite cum medio portans Oeagrius Hebrus
volveret, Eurydicen, vox ipsa et frigida lingua,
al miseram Eurydicen anima fugiente vocabat;
Eurydicen toto referebant flumine ripae.
Met. IV, 523-7.

Y aun entonces girando la cabeza arrancada del cuello de albo
[mármol
en medio de las ondas del Hebro eagrio, «Eurídice»
repetía la misma voz y la lengua helada
«¡ay, malhadada Eurídice!» exclamaba yéndosele la vida,
y «Eurídice», a lo largo del Hebro resonaba la ribera.

La condensación del sentimiento virgiliano ha alcanzado su ápice. De ahí que el encanto indefinible del pasaje estribe, no tanto en el nítido acendro de la forma, ni en el primor de la adjetivación, obligado en la tensión afectiva, ni en la asociación de la naturaleza al dolor humano, cuanto en la expresión intuída del amor más allá

Universidad Pontificia de Salamanca

de la muerte. Inesperadamente, la maestría virgiliana en graduar los efectos dramáticos nos depara su sorpresa estremecedora. Paremos mientes en la intuición. Con ella queda definida cumplidamente la actitud del alma del mantuano ante el amor. A las fluctuaciones entre la esperanza y la desesperanza en que se angustia a lo largo de las dos Eglogas reveladoras, a su connatural sentimiento de inferioridad e insignificancia personal, a la ingenua fragancia del recuerdo del primer brote de su pasión infantil, a la afanosa impaciencia, a la radiante fe en los efectos de la presencia de su dueño, al olvido de sí propio y a la punzante, exquisita solicitud por la suerte de la amada infiel, al ansia de amparar su pasión en la íntima y bravía soledad de bosques y riberas, confidentes solícitos, al obsedente amor ideal ensoñado, todavía le queda al alma virgiliana qué añadir. Y va a revelárnoslo sin esperar a la Eneida, donde hallará su sentimiento la más varia y entrañada expresión: en las mismas Geórgicas, bajo el sol calcinante, allá donde el amor fluye a la vista por su caz sereno, vigoroso, fecundante. En ellas precipita su enardecido efluvio precursor.

No importa, repito, que proceda de un episodio adicional, ajeno a la primera intención virgiliana, sólo por obra de habilidad conectado con el tema. Me interesa subrayar su calidad y resonancia. Sucede a la intuición del bellísimo símil analizado, donde cruzando los hilos trasfigura exquisitamente la pasión conyugal con la infusión de entrañada ternura materna.

Cuatro notas le distinguen: el túrbido giro descriptivo que extrae su expresividad de la misma acción huidiza; la alianza de conmiseración, sugerida por el epíteto r e v u l s u m , con la sensación de albura y suavidad, a la par visual y táctil, traducida por el epíteto m a r m o r e u s , y la de frigidez apurada en el enlace, f r i g i d a l i n g u a ; la nota de suprema solicitud amorosa que denuncia la exclamación de Orfeo, desentendido de sí en la misma muerte, y la férvida asociación de la naturaleza condensada en la cima del desenlace, vigorizada por la plenitud del adjetivo relevante.

La inigualada expresividad del conjunto, su rezumo de melancolía, perenne, no es obra sólo de esa ardorosa pasión virgiliana por cada detalle, ni aún del raudal de interés humano con que acierta a asociarlos en su mente, como en la descripción de la muerte de Euríalo donde la misma afectividad cristaliza en idénti-

Universidad Pontificia de Salamanca

cas sensaciones [5]. Procede, a mi ver, de esa suspirada identificación, de esa hipostasia del alma virgiliana con la del infortunado amante. Ella alumbra, por modo diverso, la más enardecida impulsión de idealidad en la pasión amorosa, de todo el mundo antiguo. Notad que brota del alma menos ligada a la tierra, acuciada de más avizorante ansiedad de una vida más plena, de la mente que acierta a irradiar en nosotros los más vivos reverberos de la claridad por ella entrevista más allá de la sombra.

Señalemos esta anticipación incontestable del rumbo de nuestros gustos. He aquí un firme hito inicial del movimiento romántico. El poema de amor a la naturaleza, de exaltación de la vida de trabajo y religiosidad que ennobleciera a la antigua Italia, se acendra en su epílogo de un sugerente acucio de amor ideal, no de otro modo que en su poema de la predestinación de Roma, percibimos el más delicado testimonio de la inmortalidad del alma y el más claro nuncio de la ventura inminente.

A primera vista pudiera parecer chocante el contraste. La fuerza cohesiva que fluye de su poesía toda, esa interna unidad de tono y sentimiento desvanecen tal impresión. En el epílogo del episodio de Orfeo, en su dolorida expresividad, halla cumplida confirmación el definitivo encarecimiento de Tennyson en su oda a Virgilio: «Tú que haces florecer a menudo, en sólo una palabra, todo el encanto de las musas todas».

JAVIER DE ECHAVE-SUSTAETA.

---

[5] Cotejad el llamativo parecido, que llega a identidad, en el hexámetro 432, pareado de impulsión y delicadeza con exquisito ritmo interno (*Aen.* IX, 431-37). Me limito a subrayar la sensación de blancura y suavidad: sed viribus ensis adactus-transabiit costas et candida pectora rupit (*Aen.* IX, 431-2).

Universidad Pontificia de Salamanca